

# EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 52

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBIELA

## EL SIGLO

## HECHOS Y RUMORES

### Pensiones á jóvenes orientales en el extranjero

En la gaceta de este diario han podido ver nuestros lectores un informe expedido por la Comisión de Peticiones del Senado acerca del proyecto de decreto aprobado por la Cámara de Representantes, concediendo una pensión de sesenta pesos mensuales á don Jorge J. Balliere para estudiar en Europa el arte de la pintura, para el cual parece que tiene aptitudes especiales y vocación decidida.

Admitiendo que así sea, se pregunta la Comisión del Senado: ¿Debe el Estado costear la educación en Europa de todos los ciudadanos que tengan aptitudes y vocación para un arte determinado? Y si esto no es posible, ¿cuáles el límite que debe imponerse para deferir á tales peticiones?

La cuestión no es de las más fáciles de resolver. Por una parte, si se abre la mano en este asunto, lloverán peticiones de jóvenes que protestarán sentirse decididamente inclinados al estudio de un arte ó de una ciencia determinada, y á los cuales no les han de faltar certificados de sus maestros que atestigüen que se hallan dotados de aptitudes especiales para aquel arte ó para aquella ciencia. Si se accediese á todas las peticiones de esta clase que se presentasen, el capítulo de pensiones á jóvenes orientales que se educan en el extranjero, constituiría una carga pesada para el Estado.

Por otra parte, tiene también sus inconvenientes el negarse en absoluto á auxiliar la educación científica ó artística de un joven que haya sido pródigo y excepcionalmente dotado por la naturaleza con aptitudes extraordinarias. Es bien seguro que nadie consideraría como mal empleado el dinero que se gastase en costear la educación artística de un Dalmiro Costa ó de un Blanes. Lo que hay es que estas eminencias del arte vienen á adquirir su fama mucho más tarde, y que es difícil descubrir el genio en esos primeros años de la vida en que muchas veces parecen revelarse centellas luminosas que después se apagan.

¿Cuál debe ser pues la norma de conducta razonable que se adopte por los poderes públicos para evitar el caer en uno ú otro extremo? Tal vez lo más acertado sería consignar en el presupuesto una cantidad fija para pensionar á un número limitado de jóvenes que fuesen elegidos entre los aspirantes por descollar mas en aptitud para la ciencia ó el arte al que quieren dedicarse. Hay que tener también en cuenta que en la actualidad existen en Montevideo muchos mas medios de adquirir conocimientos y de cultivar las artes y las ciencias que los que antes existían; y que casi siempre un joven con verdadera vocación puede vencer los obstáculos que encuentre para adelantar en su carrera. Lo que no encontramos muy correcto es que la Comisión de Peticiones del Senado, después de discutir con acierto en tesis general respecto del asunto de que se trata, termine su informe manifestando que no hace mayor oposición á que el Senado preste su sanción al proyecto de decreto sancionado ya por la Cámara de Representantes, á condición de que sean éstas las últimas concesiones de ese género que se hagan por el Estado.

Si en efecto la Comisión del Senado opina que la justicia de esas concesiones es cuando menos muy discutible, parécenos que no es muy lógica al declarar que no se opone á ellas, con tal que sean las últimas. No por ser las últimas dejarán de estar en discordancia con la doctrina anteriormente expuesta, y desvirtuada por la Comisión del Senado.

### Reclamo Chiarino—Comisión de Hacienda.

—Honorables C. de Senadores:

Don Antonio Chiarino se presenta nuevamente ante V. H., solicitando se fije el sentido de la resolución legislativa de 23 de Febrero pasado, declarando que la autorización conferida al P. E. para el arreglo de su acreencia de carácter privilegiado comprende el pago del capital é intereses hasta su completa extinción.

En su informe anterior manifestaba esta Comisión que la conveniencia de solucionar dicho reclamo, era indiscutible desde que el señor Chiarino se hallaba en las condiciones de un acreedor privilegiado, tenedor de letras de Aduana por valor de 35,349 \$ 76; que debían ser pagas á su vencimiento ó recibidas en pago de derechos aduaneros; su desconocimiento habia dado lugar á las protestas formuladas en tiempo oportuno y con ese sentir aconsejó la resolución sancionada por V. H. en el sentido de autorizar al P. E. á celebrar el arreglo propuesto por el interesado y en mensualidades de á 3.000 pesos.

Como la propuesta hecha al P. E. por el señor Chiarino, y que esta Comisión ha compulsado en el expediente respectivo, comprendía el pago del capital é intereses con renuncia de todos los demás derechos, que su falta de pago habia dado lugar, corresponde, á juicio de esta Comisión, la aclaración ó ampliación que se solicita por el interesado y propone el siguiente:

#### PROYECTO DE DECRETO

Artículo único.—Declárase que la autorización conferida al P. E. con fecha 23 de Febrero pasado, para el abono por mensualidades de á 3.000 pesos del crédito de don Antonio Chiarino y otros de igual naturaleza, comprende el pago del capital á intereses legales corridos.

Sala de Comisiones, en Montevideo á 4 de Julio de 1888.

Jaime Mayol—Manuel A. Silva.

### Dolores (San Salvador)—Leemos en La Fénix, del 8:

Ayer han venido á dar cuenta á la autoridad policial de haberse encontrado degollado en el campo, el vecino de la costa de San Salvador, don Fidel Madrid.

Se ignoran completamente los detalles de este hecho.

Tristes noticias nos llegan de la campaña. El estado de los campos no puede ser peor á causa de la falta de pastos.

Los estancieros Ruiz, Vazquez, Nueva Alemania, Echazarreta y en general casi todos los de esta jurisdicción, han perdido ya regular cantidad de animales vacunos.

Fábrica Liebig—Ha terminado la faena de este año, representada por 164,462 animales vacunos.

Sesion—Con carácter de urgencia han sido citados los miembros de la Junta E. Administrativa para celebrar una hoy, á las 3 p. m., á objeto de tomar en consideración la nota de la Junta de Minas en que invita á nuestra corporación municipal así como á la del departamento de Maldonado, á una conferencia por medio de delegados respectivos, que debe celebrarse pasado mañana en la villa de San Carlos.

El objeto de la conferencia será acordar la forma y medios de establecer una vía de comunicación corta y fácil (camino) entre Rocha, la parte Norte del departamento de Maldonado y Minas, á fin de poderse utilizar provechosamente la línea férrea que pronto llegará á la «Ciudad Lavalleja».

El pensamiento es grande y de indiscutible bondad, por lo cual puede asegurarse, que ninguna de las edilidades interesadas en él, ni el poder público, han de obstar ni demorarán su ejecución.

Minas ganará mucho, pues será el centro convergente de casi todo nuestro movimiento de acarreos en las operaciones con la capital de la República y de una gran parte de Maldonado; pero ganarán mucho también éste y nosotros, por lo que se acortará la distancia con aquel mercado central y la fácil y libre comunicación que entonces tendremos con él, exenta de las grandes dificultades, fuertes y perjudiciales obstáculos de hoy.—(La Patria, de Rocha.)

Banquete el cuerpo diplomático—Buenos Aires, 9.—En el espléndido salón que sirve de despacho al sub-secretario del ministerio de instrucción pública, se efectuó anoche el banquete que da anualmente el presidente de la República al cuerpo diplomático extranjero.

Además del anfitrión asistieron los ministros nacionales del interior, hacienda, guerra y marina, relaciones exteriores y justicia, culto é instrucción pública, los representantes de Francia, Alemania, Austria-Hungría, Italia, Inglaterra, Bélgica, Perú, España, Brasil, República Oriental y Estados Unidos, el procurador general de la nación, el intendente municipal de la capital, el presidente del consejo deliberante, el

de la suprema corte de justicia y el jefe de policía.

En la calle, frente al edificio, tocó la banda del regimiento 1.º de artillería.

En el banquete, cuyo menú fué exquisito, reinó la mayor cordialidad, en el grado que comporta la etiqueta y seriedad de esta clase de fiestas cuyos concurrentes por el hábito de la profesión están acostumbrados á no expresar más palabras que las necesarias para ocultar su pensamiento.

Terrible y doloroso—Anteayer á las seis de la tarde próximamente (dice La Patria, de Rocha, del 5) tuvo lugar en Castillos una de esas desgracias que hondamente conmueven, tanto por las condiciones de las personas á quienes afecta de inmediato cuanto por las circunstancias, por la forma, en que se producen.

La apreciable esposa del comerciante de aquella sección don Juan Ferrer y Durall, hija del estimado vecino don José M. L. y Losada, fué muerta de un balazo por su cuñado, el joven Ferrer.

Segun carta de persona autorizada, no hay criminalidad en el hecho, siendo él obra solo de la casualidad ó de la fatalidad.

Si el esposo está afligido, desesperado—como tiene que ser pues vé extinguida por siempre á la compañera de su vida por la mano de su hermano, éste no lo está menos, dícesenos que como loco, al sentirse autor de tan irreparable y tremenda desgracia.

Pobres! ambos inspiran y merecen igual sentimiento de lástima.

Metálico—El Saturno, llegado hoy del Uruguay y Buenos Aires con 91 pasajeros, trajo las siguientes cantidades:

Al Banco Nacional, \$ 112,971; á Castaño y Mayobre, 28; á A. Vivo y C.ª, 540; á Vignale, Parma y C.ª, 750.

Después del baile—Abiertas las cataratas del cielo desde que los primeros albos de la mañana iluminaron débilmente el poco antes tenebroso firmamento, á pocos quedó la duda de que existe en la naturaleza un genio por excelencia antipático cuya única misión es el de perturbar los planes que se forjan los que con indecible encanto solo miran la vida á través del cristal que todo lo permite divisar con colores de rosa. La sociedad entera de Montevideo hubiera deseado que la noche de ayer, serena y pura, contribuyera á dar, al mismo tiempo que tranquilidad, mayor realce á la fiesta que con notable entusiasmo se preparaba en la Legación argentina para solemnizar un aniversario glorioso. Pero los elementos desencadenados engendraron una noche infernal y á no ser una escampadita que todos aprovecharon con especial tino, dando á sus toilettes el toque de gracia, consultando á las nubes muchos hubieran pasado la noche entera sin que por eso nadie abandonara las esperanzas ya que es la esperanza lo último que se abandona en este mundo.

A las doce de la noche, en la calle de la Agradada, en el mismo punto en que desemboca el nuevo camino del Prado, una considerable cantidad de vehículos se hallaban pegados á los cordones de las veredas. Las linternas, cuyos rayos se quebraban en la atmósfera húmeda, produciendo destellos de luz, indicaban los que salvaban el porton para dejar frente á un pabellón ajustado á las necesidades del tiempo, muchos de ellos á preciosas cargas y otros tantos, tal vez los más, á gran cantidad de caballeros entre los que se contaban infinidad de personas llegadas expresamente de Buenos Aires el día anterior.

Uno á uno fueron llegando los carruajes retardados. Las damas mas apreciadas de nuestra sociedad se desprendieron en el toilette de sus ligeros abrigos para pasar mas tarde á la sala principal de baile donde poco después se hizo difícil dar un solo paso.

Oh! la casa! Como habían sido arreglados los soberbios salones de la legación argentina! El buen gusto, el chic, la delicadeza, habíanse unido en poderoso triunvirato para hacer de una simple morada una encantadora mansión. Cuando falta tiempo y también aptitudes, cuando se siente no poder escribir sobre lo bello, sobre lo primorosamente bello.

Qué inmensa concurrencia, qué cantidad de respetables señoras, qué exagerado número de distinguidas señoritas, formando conjunto admirable, seguían con avidez los accidentes de un baile tan excepcionalmente afortunado.

Nuestro deseo de dejar consignados aquí á los que ayer hicieron acto de presencia en aquella reunión del buen tono, nos hace renegar una y mil veces de nuestra fragil memoria que apenas si nos permite recordar á las que acostumbramos á distinguir entre nuestras buenas amigas.

El Presidente de la República, el ministro de Relaciones Exteriores, de Hacienda y otros altos personajes de la nación, cuerpo diplomático y otros muchos caracterizados funcionarios públicos correspondieron debidamente á la amable invitación del doctor Roque Saenz Peña.

Los acordes del himno Oriental saludaron á

su entrada al Presidente de la República, quien iba acompañado de su señora esposa.

La señora de Saenz Peña, supo mantenerse en el sitio en que la han colocado sus compatriotas en el mundo social, haciendo los honores de la fiesta con esa naturalidad que caracteriza á las personas á quienes poco les cuesta brillar en los reducidos círculos que ha formado el *savoir faire* en las dos capitales del Plata.

La fiesta pudo darse por terminada á las 6 de la mañana, pero á medio día todavía volaban carruajes de la quinta de Berro, donde la imposibilidad de acercarse á la puerta de entrada disputada por cientos de vehículos, así como lo pesado del camino, dificultaron el tardío desfile.

La curiosidad femenina, algo que siempre nos ha preocupado, tal vez encuentre algun alhago en la siguiente lista descriptiva de algunos vestidos confeccionados en la acreditada casa de madame Varonne, los cuales fueron estrenados anoche.

Señora Manuela R. de Forteza, rico traje de raso punzó y brocado con encajes negros.

Señora Celia Thode de Herrera, un riquísimo traje brocado color cendre de rose, con una riquísima delantera bordada de seda y piedras de colores del tiempo de Henrique III.

Señora Matilde R. de Real, traje Anne d'Auriche, del siglo XV.

Señora Carolina M. de Ferreira, traje riquísimo, verde pompador y rosado, con falda bordada de perlas verdes.

Señora Sara Conde de Barros, traje de terciopelo negro con encajes chantilly y azabache.

Señora del doctor Martinez, traje blanco con plateado, perlas y plumas.

Señora Adriana B. de Montero, traje de terciopelo negro con azabaches y brillantes.

Señora Nicasio C. de Granada, traje de moaré crema con delantera de felpa y seda, adorno de plumas.

Señora de Horne, un riquísimo traje de faya blanco, con tul y plumas.

Señora de Acosta, traje color bois de rose con flores, de terciopelo granate y encajes de Inglaterra.

Señora Maria M. de Ramirez, traje de faya vieu bleu con adornos de acero.

Señora Carmen H. de Gradin, traje de raso blanco con flores y plumas.

Señora de Sosa, riquísimo traje de terciopelo rosado y blanco adornado con perlas rosadas y flores.

Señora Josefa de Salvañach, traje de terciopelo con mariposas doradas y encajes.

Señorita A. de Lerena, traje de faya blanca con tul y flores.

Señorita de Roosen, traje de gaza rosada y bata de brocado y rosas.

Señorita de Torrens, traje de tul pastillas con bata de moaré y lilas blancas.

Señorita de Real, traje blanco con perlas y flores.

Señorita Cilda de Acosta, traje de tul blanco y bata de raso.

Señorita de Jurkowski, traje moaré antique tul y flores.

Señorita Justa Victorica, traje blanco de moaré y tul.

Señorita Eva Villegas, traje moaré y tul blanco.

Un amigo nuestro, mas afortunado que nosotros, ha podido retener el nombre de los siguientes concurrentes:

Señoras: Gonzalez, Guido, Ramos Mejia, Piñeyrua, Garcia Lagos, Blanco, Salvañach, Roosen, Villarnob, Azarola, Escardó, Liendo, Izcu Barbat, Forest, De-Maria, Muñoz, Altamirano, Arteaga, Castellanos, Vidella, Basañez, Lerena, Lara, da Ponte Ribeiro, Eastman, Real, Forteza, Granada, Platero, Farini, Real de Azua, Correa, Ramirez (C. M.), Ramirez (J. P.), Gurmendez, Ferreira, Rodriguez Larreta, Arellano, Piñeyro, Lafone, Martinez, Ballvé, Lisboa, Barros, Herrera, Montero, Algorita, Ordeñana, Malherbe, Christopherzen, Shaw, Horns, Howard, Cabal y otras.

Señoritas: Manuela Guido, Lola y Maria Carve, Laura Liendo, Lucia, Elisa y Laura Castellanos, Antonia Piñeyrua, Cora Brown, Maria Teresa y Rosa Villarnob, Lola Fernandez, Mary Coelho, Rosa Makinon, Maria y Rosa Lengua, Clara Maschinty, Valentina Eastman, Panchita Belgrano, Maria Luisa y Maria Carolina Ramirez, Tuly Roosen, Herminia Arata, Maria Piñeyro, Maria, Elena y Sara Lafone, Rosa y Juliana Carril, Maria Teresa Forteza, Rosa y Lia Aguirre, Carolina Herrera, Sara Muñoz, Julia Jurkowski, Lidora Fynn, Celia y Maria Carbalho Lerena, Pilar y Regina Giannotti, Isabel Almada, Acosta y Lara y Amaro, Sofia Muñoz, Agustina y Amalia Bottini, Carmen y Maria Baeza, Maria Lavalleja, Amelia y Sofia Folle, Elvira Arteaga, Maria Luisa Velasco, Rosa Sayago, Elena y Elvira Rodriguez, Teresa Mendez, Aurora de la Vega, Luisa Correa, Carmen Rovira, Julia Ballvé, Isabel Thode, Sofia Somálo, Maria Favaro, Josefina Parrey, A. Previtali, Amelia Carreras, Margarita y Lola da Ponte Riveiro, Maria Salvañach, Balbina y Carmen Illa, Ernestina Anavitarte,

**BANCO NACIONAL**  
DE LA  
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

CAPITAL: \$ 12.000.000

MONEDA NACIONAL ORO SELLADO

Denda Ferro-Carril C. del Uruguay

10.ª AMORTIZACIÓN

Cuota correspondiente á este servicio \$ 28.520  
El 11 del corriente á las 12 tendrá lugar la apertura de propuestas para la amortización de títulos de dicha deuda, hasta la cantidad de veintidos mil quinientos veinte pesos en efectivo que corresponde á este servicio.

Montevideo, Julio 7 de 1888.

jl.11

El Secretario.







buena; estoy resuelta á comprar tu restablecimiento al precio que quieras.—Los facultativos hablan de enviarte á los Pirineos, pero yo creo que lo que necesitas para repoblar del todo es tomar los aires de Atenas... Luego añadió muy conmovida:—Sé feliz á tu modo, querida mía, y cúmplase la voluntad de Dios!

Como un prisionero á quien abren de pronto las puertas de su cárcel y se encuentra deslumbrado por la súbita luz que la invade, yo me sentí á punto de perder el juicio. A mi lado vi un ramillete de violetas y camelias,—yo no sabía lo que me pasaba; reía y lloraba á la vez; tenía toda la ocurrencia de la felicidad.

Desde aquel momento, Blanca, la enfermedad quedó vencida: mi juventud pudo más que ella y me repuse rápidamente. Cada día un nuevo ramillete de violetas reemplazaba al de la víspera: mi abuela con una delicadeza exquisita, hallaba medio de nombrar al príncipe, naturalmente por cualquier motivo insignificante, como hubiera podido hacerlo un mes antes. A los pocos días pudieron ya llevarme á la sala, sentada en mi butaca,—pasaba esto á principios de abril, con un tiempo delicioso y todo había tomado un aire de fiesta para mi primera recepción. Alfeo me estaba esperando; en vano hice un esfuerzo para hablarle, y lánguida, casi desfallecida, le alargué una mano moribunda...

Para mejor respirar el aire de la primavera los médicos me enviaron á Braizieux, prescripción que entonces acepté con mucho gusto, pero exigiendo que nos acompañase el príncipe, pues no podía resolverme á una nueva separación. En vano me hicieron mil objeciones: inflexible en mi propósito, experimentaba el miedo del avaro que no quiere perder de vista su tesoro ni un momento, visto lo cual, mi abuela misma aceleró los preparativos de la boda, que debía celebrarse sin pompa en la iglesia del lugar, conforme á mis deseos.

Mientras duró mi enfermedad, mi tía había venido diariamente á ofrecer su asistencia á mi abuela, pero los finos y puntuales cuidados de Mme. de Braizieux, su aspecto sereno y digno me irritaban; con mucho prefería á Mm. Laurent, contra la cual á lo menos tenía derecho á impacientarme.

A medida que fué adelantando mi convalecencia, fueron escaseando mas las visitas de mi tía: esta venía siempre acompañada de su hijo que, frío y distraído, parecía siempre con prisa para dejarnos.

Convínosme en que haríamos el viaje á jornadas cortas mi abuela, Alfeo y yo, y en que mi prima, confiada á Mme. de Braizieux iría con ella y Jorge á reunirse con nosotros la semana siguiente. Noemi quedó contentísima de esta arreglo y yo por mi parte hice un viaje delicioso. Todo me parecía nuevo; todo tenía para mí un aspecto encantador.

Una semana inmejorable pasamos en Braizieux, donde me parecía que todo hasta los árboles y las flores, tomaban parte en mi felicidad. Como estaba yo todavía débil hasta el punto de que mis queridos compañeros de soledad me impusiesen un reposo absoluto, Alfeo pasaba los días á milado leyéndome los poemas de lord Byron, las *Meditaciones* de Lamartine y sobre todo las *Mesenias* de Casimiro Delavigne, que declamaba divinamente con una voz musical y muy sonora... además ¿quién no ha conocido el encanto irresistible de una voz amada? Otras veces, con el mapa delante de los ojos, hacíamos deliciosas excursiones imaginarias por las ciudades de Grecia, tan llenas de recuerdos y de poesía...

Pero ¡ah! este dulce episodio duró muy poco. Mi tía y sus compañeros llegaron á la quinta, y desde entonces nuestra felicidad se trocó en una penosa sujeción.

Pronto eché de ver que el príncipe no gustaba á ninguno de los recién llegados; cada cual se lo demostraba según su genio y su posición, pero en los ojos de todos sin excepción leía yo una evidente malevolencia. Al principio hice lo posible por animar nuestra pequeña colonia tan mustia y fastidiosa desde la llegada de mi tía, pero pronto reconocí la inutilidad de mis esfuerzos, y esto me inspiró, lo confieso, un secreto y vivo resentimiento.

En el campo, donde faltan, para amenizar la vida, las mil frívolas distracciones de París, se necesita que haya muchas atenciones recíprocas, mucha unión y mucha alegría para disipar el fastidio. Mi tía, engolfada en bordar un tapiz, apenas desplegaba sus labios; Jorge, pensando en su mar y en sus marinos, apenas parecía acordarse de nosotros.

Mi espíritu, desahogado, mis nervios todavía muy delicados, me ocasionaron verdaderos pedecimientos. No conozco tarea mas ingrata que la de querer forzar á otro á brillar á pesar suyo. Mi deseo hubiera sido ver á Alfeo vencer, á fuerza de superioridad incontestable, á aquella familia hostil, pero él también permanecía silencioso, reservado, pronto á abandonar la discusión apenas empezaba á animarme un poco, sin conocer ó desdenando esos improvisos y frívolos rasgos de ingenio que desarman de pronto á un adversario. «Eas miserables dotes de sociedad no son su fuerte, me decía yo á mi misma, y eso le realza á mis ojos; mejor comprende el genio de las artes y la poesía del amor que las fruslerías de los salones.» Y sin embargo no podía eximirme de abrigar un secreto despecho; las mujeres quieren que todos admiren al que ellas prefieren.

Una noche mi abuela, deseando sin duda romper la monotonía de nuestras reuniones, pidió al príncipe su canto griego... ¡Cosa singular! aquella proposición me causó un vivo disgusto. El piano-veje de Braizieux estaba destemplado y tenía pésimas voces; las manos me temblaban al tocar el acompañamiento en aquel casajo, porque un verdadero público es menos de tener que un pequeño corro malevol. El canto en efecto hizo un completo fiasco: mi abuela, sin haber escuchado, hizo al príncipe un cumpli-

miento muy frío: Jorge estaba hojeando con Noemi un álbum de estampas, y se me figuró verlos cambiar una mirada burlona. Indignada, me acerqué á Alfeo y toda la noche estuvimos hablando de música. Ah! cuánto deseé entonces verme pronto libre de aquella penosa sujeción éir á buscar la libertad bajo otros cielos!

El correo llega comunmente al campo hacia la hora del almuerzo; entonces, con una curiosidad algo pueril, se leen, se comentan las cartas y los periódicos. Aquella era de seguro la hora mas agradable del día en Braizieux: el interés común nos ponía á todos de acuerdo por algunos momentos.

Una mañana mi abuela que tenía en la mano un paquete que acababa de traer el cartero, alargó á Alfeo una carta cuyo solo aspecto le turbó visiblemente y que se guardó á toda prisa sin abrirla.

—Léala usted sin cumplido, le dijo, léala usted y así podrá darnos noticias de París ó de Atenas.

El príncipe se excusó diciendo que la carta solo trata unos cuentos insignificantes; observé también que no volvió á atravesar bocazo; y que se retiró en cuanto concluyó el almuerzo; y que luego volvió al salón, cargada la frente de nubes que difícilmente logró disipar.

A pesar mio aquella carta me daba en qué pensar. Dos días después recibí otra: aquella vez, presa de una vega y dolorosa sospecha, la eché una furiva mirada y observé no sin celosa angustia que por todas las señas era de letra de mujer y muy elegante. También entonces tomé la carta sin hablar palabra, pero mostrando mas enojo que sorpresa, seguí almorzando y en vez de desaparecer después de tomar el té, empezó á hablar con mas desparpajo que de costumbre.

Incapaz de dominar mi agitación, pasé el día en una penosa lucha entre mis celos y mi orgullo. Unas veces me sentía á punto de pedir perdón de mis sospechas y de suplicar á Alfeo que me explicase aquel misterioso incidente; otras no quería forzar su confianza sin hacerle testigo de mi flaqueza.

Por la noche, mientras la familia estaba reunida en el terrado respirando el fresco, Alfeo aprovechó un momento para entregarme con disimulo una carta, acompañada de algunas tiernas palabras de reconvencción, que lei sin ser vista: era de un procurador muy conocido, y en ella le llamaba á París con urgencia para arreglar no sé qué asunto importante. Entonces, semejante á los cobardes que, pasado el peligro, se sienten llenos de valor, me indigné contra mi desconfianza y fui á reunirme con los demás: Alfeo estuvo hablando muy naturalmente de su partida y explicando los motivos que le obligaban á ella. Mi abuela la llevaba muy á mal.

—En mi tiempo, decía, se estaba uno quieto en tales casos y enviaba á paseo á los procuradores.

—¿Quiere Vd. que así lo haga? me dijo el príncipe al oído.

—No, le respondí; eso sería volver á dudar de Vd.

Pasamos una noche deliciosa: en el terrano nos sirvieron el té y la conversación estuvo mas animada que de costumbre; solo mi primo Jorge permaneció pensativo y silencioso.

—Apuesto, le dijo mi abuela, á que estás pensando en las hermosas noches estrelladas que has pasado á bordo de tu buque.

—En efecto, repuso mi primo sonriéndose con cierta tristeza, estaba pensando en que pronto dejaré todos estos perfumes de rosas para ir á respirar el olor de la breja.

Esta frase me llamó la atención recordándome la tontería que le dije un día cuando ámbos éramos niños.

—¿Es posible, me dije, que tan de atrás me guarde rencor?

Quise manifestarle cuanto sentía aquella próxima partida, pero me conté con tanta frialdad que á las primeras palabras me quedé cortada.

¡Qué noche aquella, oh Blanca! Tal es la magia de los recuerdos juveniles, que mis pensamientos me trasladan todavía algunas veces á aquel terrado cubierto de flores donde oí á una voz querida hablarme al oído de un amor eterno bajo un cielo purísimo...

Al día siguiente partió Alfeo y recuerdo que no experimenté mucha pena en el momento de decirle adiós: aquella separación no debía durar mas que una semana y hay también algún encanto en esperar: además, nuestro pobre corazón está tan distante de haber sido formado para una felicidad completa, que experimenta en ella una especie de fatiga. Parecíamos dulce recogerme dentro de mi misma y descansar, en cierta manera, antes de proseguir aquel camino en el que aun no veía mas que flores, y en el que muy pronto no debía encontrar mas que abrojos.

Pasé pues el día muy tranquila; por la noche, al ir á acostarme, vícon sorpresa, sobre mi tocador, en una copa de mármol en que solía dejar mis sortijas y mis pendientes, una carta sellada con lacre negro. Abríla precipitadamente y lei lo que sigue:

«Una persona que tenía mil motivos para aborrecerla á usted y que sin embargo compadece su juventud y su inexperiencia, le dirige un consejo saludable. Renuncie usted para siempre al príncipe Alfeo Micaelis. Si desprecia usted á este avito correrá voluntariamente á su perdición. El arrepentimiento llegará tarde.»

Estupefacta, toda trémula, iré precipitadamente del cordón de la campanilla para llamar á mi doncella y obtener la explicación de aquel enigma, pero una súbita reflexión me inspiró bastante prudencia para contener mi emoción al preguntarla que significaba aquella. Mi doncella que era una muchacha muy hermosa de nuestro pueblo y en quien yo tenía entera confianza me aseguró que no había puesto papel ninguno

en mi sortijero. Cien veces lei y releí el terrible billete sin saber que pensar y formando las conjeturas mas inverosímiles: ya acusaba á Jorge, ya á Noemi. A la mañana siguiente les observé con suma atención buscando en sus rostros alguna señal de malicia ó culpabilidad, pero nada logró sorprender: además una voz interior me decía que ámbos eran incapaces de una broma tan cruel.

Por la noche me retiré á mi cuarto con una inquietud que me era imposible dominar. El sortijero contenía una segunda carta con sello de luto, como la primera, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mire usted lo que hace! Está usted en la orilla de un precipicio. Arranque usted las flores ponzoñosas que le cubren y le aparecerá en todo su horror. En nombre de su felicidad, en nombre de su vida renuncie usted para siempre al hombre ingrato y perverso que nunca la ha amado.»

Sería largo repetirle aquí todas las cartas que recibí de la misma manera; además, voy llegando á un momento tan doloroso de recordar que me falta tiempo para poner fin á esta triste confesión que me he impuesto. Durante una semana entera aquellos misteriosos billetes me persiguieron á todas horas; ya me los encontraba en un libro principiado, ya en un ramillete, ya á mis pies en el jardín, y luego, todas las noches, en el fatal sortijero. Unas veces contenían lúgubres vaticinios, tremendas amenazas que hablaban la sangre; otras un dibujo fúnebre, un sepulcro ó una calavera. Momentos había en que mi imaginación exaltada me hacia ver algo de sobrenatural en aquella tenaz persecución; pero pensando despacio no podía menos de advertir en ella un plan de venganza urdido por una rival abandonada y á todos mis tormentos se añadía el de los celos.

Alfeo escribió á mi abuela una carta muy tierna, en la que se lamentaba de la lentitud y la tiranía de los curiales que exigían su presencia todavía por una semana. Incapaz de soportar por mas tiempo aquella angustia, no teniendo junto á mi persona á quien fiar mi secreto, me decidí á escribir al príncipe, á contarlelo todo, rogándole con las mas vivas instancias que volviese pronto.

Después de haber escrito aquella carta muy temprano para que no me sorprendiesen, me sentí mas aliviada. En la ciega confianza del amor, todo lo esperaba de Alfeo, protección, felicidad. Parecíame que estaba siendo juguete de una maquinación, que una palabra suya bastaría á disipar.

Con esto me presenté al almuerzo menos abatida que los otros días, tanto que mi abuela lo notó.

—Hoy estás mejor que otros días, Albina, me dijo. Sea enhorabuena! Por favor te pido que no te afijas por unos días de ausencia: déjate de dramas y toma la vida como una comedia, único género en que yo puedo ya hacer papel... Y á propósito de dramas, ¿sabéis que tenemos aquí cerca una *Dama blanca*?

Todos lo echaron á broma; solo yo experimenté una vaga inquietud.

—No te tienta el deseo de imitar al caballero de Avenel, (1) Jorge, repuso mi abuela, ya que llevas su mismo nombre?

—¿En qué torreon hay que ir á pasar la noche para ver á esa misteriosa dama? preguntó mi primo sonriéndose. ¿Es joven, es linda? Habla del tiempo pasado ó del venidero?

—Es joven, no hay que preguntarlo, añadió mi abuela. A mi edad las mujeres no se aparecen á nadie; si habla, debe ser de lo venidero, porque cada cual sabe muy bien lo que le ha pasado en su vida y no gusta de que se lo recuerden; pero hago mal en llamarla *Dama blanca*, pues al contrario es toda negra, como el paje de Malborough (2), y que lleva un velo fúnebre que la cubre el rostro. Dicen que vive aquí cerca en casa de unos pobres labradores á quienes da oro á puñados en cambio de un poco de pan mojado.

—Me temo, dijo friamente mi tía, que esa desconocida sea una aventurera trashumante.

—Como quiera, dijo Noemi, estoy segura de que no voy á volver á cerrar los ojos de miedo... Pero miren Vds. qué pálida está Albina! se ha puesto mala.

Viéndome objeto de la atención general logré reprimir mi angustia, y pretextando una ligera desazon, me retiré á mi cuarto. Necesitaba estar sola, dar rienda suelta á mi dolor, á mi desesperación, como un niño que por primera vez encuentra resistencia á sus deseos...

Al cabo de pocas horas, una idea atravesó de pronto mi espíritu como un relámpago.—Vole al sortijero y en él me encontré un billete que decía así:

«Ya es tiempo de que sepa usted toda la verdad: callarla sería una infamia. Alfeo Micaelis no se casará nunca con usted: si osara conducirla á usted al altar, allí mismo caería usted á sus pies anegada en sangre. Si tiene usted valor para saberlo todo, vaya Vd. esta noche, sin miedo, á la reja del parque exterior: entonces será Vd. única árbitra de su suerte.»

En el estado de exaltación en que me hallaba no titubeé un instante.

—Iré, dije, iré, suceda lo que suceda. Ya nada me importa!

Hay en la vida momentos decididos en que las naturalezas mas débiles adquieren una fuerza ficticia, febril, que las arrastra ó las lanza á peligro que el día antes no se hubieran atrevido á arrostrar, lo cual no es entereza ni valor, sino una sobreexcitación nerviosa que á veces produce irreparables faltas, á veces actos de heroísmo seguidos casi siempre de inercia y abatimiento.

Afectando la mayor serenidad posible, bajé á la hora de comer á fin de poder salir luego al

parque sin llamar la atención, y así lo hice en efecto sin que nadie se ofreciese acompañarme porque tales paseos eran en mi cosa ordinaria, y además, en días de jaqueca nada es mas natural que salir á tomar el aire. Acababan de dar las siete y media en el reloj del salón cuando me encaminé á la terrible cita... Pronto, sintiéndome aislada en aquel gran parque solitario, tuve miedo; el solo roce de mi falda contra las retamas me hacia estremecer; poco me faltó para huir, pero pudo mas en mí la invencible curiosidad que me arrastraba, y quise jugar mi destino de una vez... perderlo ó salvarlo.

En el momento en que llegué á la reja que separa el jardín del parque exterior, oí con terror un ruido de pasos; volví la cara y me encontré enfrente de Jorge.

—Muy animosa eres, prima, en recorrer el bosque á estas horas, me dijo con acento algo burlon. Podrías tener algún mal encuentro.

—Nada temo, te lo aseguro, respondí algo turbada. Desde mi niñez tengo costumbre de recorrer este parque sin encontrar en él mas que pájaros y mariposas.

—¿Quieres aceptar mi brazo? repuso Jorge con dulzura.

—No, no, necesito respirar el aire libre, y sería demasiado egoísta retenerle lejos del salón donde, sin duda, te echan de menos.

—Nadie me echa de menos en ninguna parte, Albina, y no puedo dejarte así, continuó mi primo con cierta insistencia. Además, mucho tiempo hace que estoy buscando en vano la ocasión de hablar contigo: permíteme que aproveche esta. Para que no me interrumpas, voy á hacerte una pregunta sin mas preámbulo: ¿Por qué me tratas como á un enemigo?

—¿Cómo á un enemigo, Jorge! exclamé confusa.

—Sí, como á un enemigo, y desde que éramos niños, sin que nunca haya podido adivinar por qué. No lo niegues; á veces experimentamos antipatías involuntarias y esa será una de tantas—¿cómo ha de ser? Nada te diría de esto, como ya supondrás, si una circunstancia particular no me forzase á tener contigo una explicación. Creo, prima que en este momento debes desear el consejo de un amigo y vengo á decirte francamente que, si necesitas auxilio, te ofrezco el mio.

Quise responder, justificarme: me fué imposible. Aquella oferta leal, imprevista, había desarmado mi orgullo: él prosiguió:

—No te tomes la molestia de confiarme un secreto que te sería penoso revelar: yo hablaré por tí; si me engañas, tú me desmentarás. Has venido aquí, esta noche, no á tomar el fresco, sino á buscar á quien puede perderte, á una criatura indigna de acercarse á tí! En semejante caso, Albina, una mujer tímida, tiene miedo, y confía su secreto á un pariente, á un amigo, á quien encarga el cuidado de desenmarañar una intriga que podría mancharla.

Estas palabras fueron pronunciadas con una dignidad tal, con un acento tan noblemente sincero que, en el estado de aislamiento y exaltación en que yo me encontraba, me llegaron muy al alma.

—Pues bien! Jorge, exclamé, estoy pronta á aceptar la protección que me ofrezcas, pero con una sola condición, y es que, suceda lo que suceda, jamás descubrirás mi secreto, ni aun en mi interés y delante de nuestra familia. No te creo capaz de ninguna otra indiscreción; no creas que te pongo esa traba por sentimiento alguno de desconfianza, no; lo que hay es que deseo quedar dueña absoluta de mi suerte. No quiero, entendiéndolo bien, no quiero que me salves á pesar mio.

—Te lo ofrezco bajo mi palabra de honor, respondió mi primo; tu apellido es el mio y esta garantía debe bastarte á falta de confianza. Ahora voy á decirte cómo ha sabido tu secreto.

Hace algunos días, paseándome en este parque recogí en el suelo un billete abierto y sin sobre; lo lei y con gran sorpresa hallé en él amenazas hechas en estilo de melodrama que, según todas las apariencias, no podían dirigirse mas que á tí. Recordando la expresión de terror pintada en tu rostro de algunos días á esta parte, fácil me fué reunir los hilos de aquella intriga, como se reúnen los retazos de una carta rasgada para recomponer su sentido.

La historia de la dama sospechosa vino á confirmar mis sospechas. A fuerza de observar y de inquirir, supe que se había establecido aquí cerca, en casa de unos labradores, una señora joven que ya siempre vestida de negro y tapada el rostro con un velo; supe también que no salía nunca, pero que uno de los criados de la quinta, Víctor, iba todos los días á la cabana y hablaba largamente con ella. Ese hombre me había parecido siempre un maulla, indigno de la confianza de nuestra abuela; hoy mismo he pedido que le despidan, y en el momento de irse, le he hecho venir á mi cuarto, y ofreciéndole pagar su franqueza ó denunciar su conducta á la justicia, con lo cual he obtenido una confesión completa. Me ha dicho que la misteriosa dama es una antigua comicha de un teatrillo subterráneo, á quien habías estado sirviendo mucho tiempo, mientras el príncipe vivía con ella en una fonda; que viéndose abandonada, había logrado llamarle á París con no sé qué pretexto, para venirse ella aquí á meterle miedo y obligarle á renunciar á él. Ese pijo de Víctor me confesó también temblando que había tenido encargo de poner una porción de cartas en su cuarto, por manera, Albina, que ya ves que lo sé casi todo y que poco puedes ya tener que confiarme. Ahora, en nombre de tu sosiego, en nombre de nuestra familia común, te conjuro que me permitas reemplazarte en esta cita: cuando esa mujer vea que hay quien te protege, ella será la que tiembles y tú te varás libre de su odiosa persecución.

Lo que yo padecía oyendo todo aquello no es decible; mustia, silenciosa, hallábame como un rey delante de su juez; al cabo la violencia de mis sentimientos me obligó á exclamar:

(1) Alude á la preciosa novela de W. Scott, «El Monasterio».  
(2) El héroe de la conocida canción «Mambrú se fué á la guerra».